

D. JAIME BÁLMES.

VIDA

VIDA

DE

D. JAIME BÁLMES.

JAIME LUCIANO BÁLMES, nació en Vich en Cataluña, el 28 de agosto de 1810. Su padre Jaime Balmes hacia el comercio de pieles. Su madre se llamaba Teresa Urpia. Era una familia de artesanos pobres, pero dotados de inteligencia, de virtud y de piedad. Sobre todo, Teresa Urpia, se distinguia por un carácter enérgico que aplicaba sin descanso á la educacion de sus hijos. Severa hasta el exceso, enemiga de toda diversion para ella lo mismo que para su familia, reprendia sin compasion las mas

pequeñas faltas de su hijo. Esta fué aquella mujer fuerte que desde la mas tierna infancia le hizo acostumbrar á la austeridad de las prácticas religiosas, inspirándole un amor profundo hácia la santa Virgen que le presentaba como una madre dispuesta siempre á socorrernos. Todas las mañanas, siguiendo el uso del pueblo español, oia misa en la iglesia de Santo Domingo. Antes de dejar la iglesia se prosternaba delante del altar de Santo Tomás de Aquino, patrono de los estudiantes, y le suplicaba que inspirase á su hijo la ciencia y la santidad. Veremos cuáles fueron los frutos de estas plegarias. Los biógrafos de JAIME BÁLMES han notado tambien que el 28 de agosto, dia de su nacimiento, era la fiesta de San Agustin.

Vich está situada en la parte del Principado catalan que se designa comunmente con el nombre de la *Montaña* y es la region mas cercana á los Pirineos. Toda la Cataluña está dispuesta como un anfiteatro cuyas gradas mas altas están coronadas de nieve viniendo á concluir las últimas á las olas del Mediterráneo. En toda la estension de la provincia, cumbres gigantescas erizadas de rocas dominan valles fértiles y poblados. Los principales rios que son unos torrentes que se despeñan de las crestas de los Pirineos, surcan estos valles y sirven por sus nombres para distinguir los distritos. En medio de estas comarcas algunas ciudades esparcidas acá y allá y en terrenos favorables al cultivo, son como

asilos de donde sale y á donde vuelve á refugiarse la civilizacion. Estas ciudades están casi todas rodeadas de murallas y defendidas por ciudadelas: muchas han sido colonias cartaginesas ó romanas, cuyo origen se trasluce por su nombre. Vich en la antigüedad se llamaba *Ausa*, mas tarde *Ausona*: destruida por los conquistadores que se disputaron el suelo de España, esta ciudad fué reedificada hácia fines del siglo noveno, por un conde de Barcelona Wilfredo, y la llamaron *Vieus Ausond*. Su nombre actual no es sino la abreviacion de este último. Como Solsona, Gerona y la Seo de Urgel es la sede de un obispado. Al rededor de las reliquias de sus antiguos mártires Luciano y Marciano, vinieron á abrigarse durante el transcurso de la edad media los primeros rudimentos de las artes, de las letras y del comercio. La fisonomía de estas antiguas ciudades españolas es muy digna de la atencion de los historiadores. Si se destruye en ellas la iglesia no queda sino la barbarie. Los capítulos, los conventos, los seminarios eran el único recurso para mantener una tradicion de cultura intelectual. Por otra parte, los estudios no daban lugar en aquellos privilegios de ningun género; por el contrario, todo el pueblo tenia allí franca entrada. Por eso el abuelo paterno de JAIME BÁLMES, artesano pobre como todo el resto de la familia, tenia un gusto decidido por los ejercicios literarios. El uso de conferir los cargos eclesiásticos al mas capaz, á conse-

cuencia de un concurso público, uso que se ha conservado en España hasta nuestros días, escitaba incesantemente en todo este país la emulación del saber y de la elocuencia. Considerada bajo otro aspecto, la pequeña ciudad de Vich merece también nuestra atención. En todo el Principado, sus habitantes tienen una fama particular de dulzura, de hombría de bien y de religión. Mas de una vez he oído á BÁLME describir con amor las virtudes de este pueblo; la emoción de su lenguaje comprobaba bien la sinceridad de sus recuerdos. Yo mismo al recorrer las montañas de Cataluña he hallado esparcida por todas partes esta opinión acerca de Vich. «Es una ciudad enteramente *levítica*,» me decía un día un compañero de viaje, «los oficios de la iglesia, los sermones, las ceremonias piadosas, son el único pasatiempo.» Este pueblo es al mismo tiempo laborioso, industrial y rico. Las costumbres de la antigua España han sido muy calumniadas en los libros redactados por la incredulidad francesa. Pero ¿se ha preguntado lo que llegaría á ser este país si se viese despojado de la tutela que sobre él ejerce el catolicismo?

II.

Tal fué la atmósfera en la que comenzó á respirar JAIME BALMES. Desde su infancia fué dotado de una

vivacidad extrema de espíritu y de carácter. Mas la severidad de su madre y la pasión del estudio que se desarrolló en él desde sus primeros años, comprendieron ó dirigieron este ardor. «He oído de su misma boca, dice uno de sus biógrafos (1), el relato de algunas travesuras de su infancia: aunque la verdad me obliga á enunciar que, si bien un poco travieso, no lo fué tanto sin embargo como él se imaginaba, y lo fué menos que un gran número de niños, puesto que su atención se ocupó al punto en cosas serias y se apoderó de su voluntad la calma de las inspiraciones religiosas. Comenzó el estudio de la lengua latina á la edad de siete años á la que se aplicó por tres años con gusto decidido y una especie de pasión. Le he oído contar con qué pesar volvía á la casa de su padre el día que se le había quitado en la escuela la algarabía de honor; por lo cual permanecía triste y lloraba algunas veces, y no tenía reposo hasta que volvía á conquistar su lugar.» Un día le sorprendió la hora de la clase en una habitación alta de la casa de su padre hallándose ocupado en cuidar de unas palomas: se precipitó hácia la escalera con tanta prisa que cayó y se hirió en la cara, de cuyo golpe le quedó siempre una cicatriz. Este gusto por las aves le dominó durante toda su infancia. Cuando tuvo que dejar á Vich para ir á la uni-

(1) D. Antonio Soler su compatriota, *Biografía del doctor D. J. Balmes*, página 4.

versidad, no pudiendo resolverse á dejar sus palomas solas y prisioneras les dió libertad. Desde el tiempo de que hablamos, su hermano Miguel, de mas edad que él, fué su mas caro compañero y su mas íntimo confidente. Sentados uno al lado de otro en la escalera del palomar, pasaban largas horas divirtiéndose. Esta ternura no se desmintió jamás entre ellos. En la pobre casa de su padre tenian una alcoba comun. La diferencia de sus trabajos apenas puso mas tarde separacion alguna entre sus destinos.

Los tres años de latin fueron seguidos de dos de retórica; despues vino la filosofía que le ocupó otros tres años. En el nono se consagró á las primeras lecciones de Teología. Tal era el orden de los estudios en el seminario de Vich. En todo este tiempo la conducta de JAIME BÁLMES no dió lugar á una sola repension. Destinado á la carrera eclesiástica, aceptó desde su infancia el freno de una disciplina rigurosa. «Nadie me vió, nos dice él mismo, en otra casa, mas que en la casa de mi padre, en la iglesia, en el seminario, en algunos conventos de religiosos con quienes tenia relaciones frecuentes, y en la Biblioteca Episcopal, de la que no salia hasta que se cerraban las puertas.» De una docilidad extrema, respetaba á sus maestros hasta el punto que cada una de sus palabras se grababa en su espíritu como una verdad indudable.

Sin embargo, su misma sencillez fué para él el motivo de alguna perplegidad. Se preguntaba por qué hombres de un saber tan grande exageraban la dificultad de ciertas cuestiones en las que su inteligencia penetra sin trabajo. Este misterio no se aclaró para él, sino mas tarde. Dios vigilaba de todos modos sobre la perfeccion de su corazon. La severidad de sus parientes, y especialmente la de su madre, era un gran preservativo. En el Seminario, sus triunfos armaron contra él á numerosas vanidades, y á pesar de las cualidades que le adornaban, estuvo lejos de ser halagado del favor de la generalidad. «Estas amarguras del colegio, decia él en otra edad, reunidas al aislamiento en que vivia con mis padres, en lugar de abatir mi espíritu, le fortificaron: todo lo cual me dió una energía mas grande, mas actividad y un plan de venganza que me aprovechó grandemente, pues que resolví redoblar el trabajo.»

He dicho ya que la familia de BALMES era pobre. Dificilmente el escolar del Seminario de Vich, hubiera llegado á completar el desarrollo de su talento sin los recursos que ofrecia la iglesia en esta pequeña ciudad de España como en todo el resto de la cristiandad. A la edad de catorce años consiguió un beneficio, cuya renta á la verdad era muy corta, pero que fué un aliciente no menos que una primera recompensa. BALMES debió este

beneficio al Arcediano de Vich que tenia su colacion. Mas tarde el mismo obispo de la Diócesis, el Ilustrísimo Pablo de Jesus Corcuera y Caserta, instruido de las esperanzas que hacia concebir el jóven seminarista, le dió una *beca* en el Colegio de San Carlos de la Universidad de Cervera. Esto sucedia en 1826 en que BALMES habia llegado á la edad de 16 años.

III.

Antes de ir mas lejos, me será permitido consignar aquí uno de mis recuerdos. Conversando un dia conmigo, JAIME BALMES se puso á hablar de los escrúpulos que asaltan á ciertas almas en la práctica de la piedad: me confió que en los primeros tiempos que disfrutó su beneficio, le causaron alarmas crueles la obligacion de recitar el Oficio Divino y el temor de desempeñar mal este deber. Su terror fué llevado hasta el último punto por la exaltacion de una imaginacion de fuego; si bien los consejos de un hombre ilustrado calmaron su espíritu. Sin embargo, el carácter de su obligacion no se presentó á sus ojos menos imponente y sagrado. Asi que, este beneficio concedido en una edad en apariencia tan poco propia para los deberes que exige, llevaba un grado de

sabiduría extraordinaria al jóven que le recibió. Este egemplo recuerda otro mas ilustre: San Carlos Borromeo promovido á la dignidad de cardenal y al arzobispado de Milan á la edad de veinte y dos años, debida esta elevacion á un acto de favor reprehensible, no dejó por eso de ser en la silla episcopal de Milan el admirable santo á quien veneran la historia y la iglesia.

IV.

Cervera es una pequeña ciudad situada poco mas ó menos en el centro de Cataluña. Siempre dispuesta á aprovecharse de algun rato de independencia, esta provincia favoreció al partido de la casa de Austria durante las guerras de sucesion. Solo Cervera dió prueba de una fidelidad notable á los derechos de Felipe V, quien la recompensó dándole una universidad, que llegó á ser el foco de una enseñanza pública, para este rincon de la monarquía. La revolucion concluyó por despojar á Cervera, desde que hace algunos años que Barcelona se hizo el centro único de los estudios del Principado.

En la época en que BALMES estudió en Cervera, habia en esta cuatro colegios, entre los cuales se distribuia cierto número de estudiantes; el resto

elegía su morada entre los habitantes de la ciudad. El colegio de la Asunta, era una fundación privada, destinada únicamente á los descendientes del fundador. El vestido de estos colegiales, era azul, vivían en comunidad y tenían por superior á uno de los profesores titulares de la ciudad. El colegio de la Asunción recibía á todos los que podían pagar una pensión anual de cuatro onzas. Estos llevaban un manto y sotana negra, y en el pecho una medalla de la Virgen elevándose al cielo. Los colegiales de San Carlos eran, como ya se ha dicho, pensionistas enviados en número de dos por cada uno de los obispos de la provincia: el medallón colgado de su cuello llevaba la efigie de San Carlos; solo esta imagen los distinguía de los colegiales de la Asunción. En fin, el colegio de Santa Cruz era el asilo de los pobres, de los cuales unos eran internos y otros externos. Estos se dividían en dos clases; la primera recibía un pan de dos libras y la sopa de dos en dos días; la segunda un solo pan de tres libras de tres en tres días. Los escolares de Santa Cruz con manto y sotana negra, llevaban en lugar del bonete ordinario de las universidades, un sombrero de dos picos y una cruz que estaba bordada en la sotana.

Tal era la suerte variada y el aspecto multiforme del gran número de estudiantes que se aglomeraba en los pórticos construidos por Felipe V. JAIME BALMES adquirió pronto en Cervera una fama par-

ticular. Aquella estatura frágil alta y endeble que se inclinaba bajo el peso del grosero manto; aquella mirada profunda llena de fuego; aquel porte á la vez grave y tímido, y sobre todo la fecundidad incomparable de aquel entendimiento, le pusieron de relieve á los ojos de todos los compañeros. Se vió su manera de estudiar; inclinado sobre la mesa con las manos en la mesa leyendo algunas páginas: después cubriéndose la cabeza con su manto, permanecía mucho tiempo abismado en sí mismo, despertando al fin, como de un sueño. Uno de sus amigos le preguntó qué ejercicio era este: «Leer poco, elegir buenos autores y pensar mucho; respondió BALMES, tal es el verdadero método. Si uno se limitase á saber lo que se halla en los libros, las ciencias no darían jamás un paso. Se trata de aprender lo que los otros no han sabido jamás. Durante estos momentos de meditación en las tinieblas, mis ideas fermentan, mi cerebro parece una caldera en ebullición.»

Se refiere que él había creado este método, por decirlo así, desde su infancia. A la edad de doce ó catorce años, cuando estudiaba la filosofía en el Seminario de Vich, por este hábito precoz de reflexión llegó á alcanzar grandes progresos. Habiéndole preguntado en esta época un hombre de edad y de importancia, cuál era su manera de estudiar: «yo me esfuerzo, respondió, en resolver las cuestiones por mi propio pensamiento, antes de leer la

solucion.»—«Es perder mucho tiempo, le dijo el buen hombre, bastaria abrir el libro.» El escolar recibió este consejo con respeto, pero no por eso dejó de persistir en su costumbre.

Los condiscípulos de BALMES en la universidad no le censuraban sino un defecto: su pasion por el aislamiento. Algunas veces evitaba la aproximacion de sus mejores amigos: «Perdonadme, les decia en seguida, hay tales momentos en que no puedo apartarme de mis meditaciones: me acusais de ingratitude, de orgullo; ¡Dios me conoce bien! ¿qué prueba quereis de mi afecto?» Esta propension á la soledad no era en efecto sino un síntoma del instinto imperioso que le arrastraba hácia el saber. Su vida entera ha sido mas ó menos dominada por una especie de tiranía de la inteligencia. En su adolescencia, en su juventud, esta señora de su voluntad le impulsaba á aprender; mas tarde le impuso el deber de escribir. El mismo en uno de sus libros (1) ha trazado las reglas de una perfecta sabiduria para sustraerse al despotismo del espíritu. Se puede dudar que él haya conocido ó practicado siempre estas reglas; pues que la muerte prematura seria bajo este aspecto un motivo formal de acusacion, si por otra parte no le sirviese de justificacion por los mismos servicios que ha prestado, al reunir en un pequeño número de años todo el trabajo de una larga existencia.

(1) El Criterio.

En el segundo año de su permanencia en Cervera, sufrió un fuerte ataque del mal á que debia sucumbir mas tarde. Los médicos se desanimaron por un instante, y se le administraron los sacramentos. Se restableció sin embargo, y toda la universidad celebró su curacion con una misa de accion de gracias en la capilla de Nuestra Señora del Camino. Esta fiesta, que demuestra cuál era el renombre precoz del estudiante de Cervera, tuvo lugar el 13 de junio de 1828, en cuya época tenia BALMES diez y siete años. Permaneció luego en un estado de debilidad extrema; y los médicos le enviaron á su familia diciendo: «este jóven no podrá jamás hacer cosa alguna; es muy delicado.»

Restablecido al cabo de algun tiempo tomó de nuevo el camino de Cervera. Durante esta convalecencia, acabó de desarrollarse su organizacion física y moral. De dia en dia se hallaba mas apto para los vastos trabajos que meditaba. «Desde los diez y siete á los diez y nueve años, decia él, mi inteligencia esperiméntó una trasformacion sensible; yo veia mas claro.»

«Leer poco, elegir buenos autores» hemos dicho, era una de sus reglas principales. Segun un testimonio autorizado, pasó cuatro años enteros en Cervera sin leer otra cosa mas que *Summa* de Santo Tomás y sus comentarios (1) Durante estos cuatro años no hizo escepcion sino en favor de

(1) Por Belarmino, Suarez y Cagetan.

otro libro, *El genio del Cristianismo* de M. de Chateaubriand. Santo Tomás era para BALMES una mina inagotable: «Todo se encuentra en él, decía, filosofía, religion, derecho político: bajo estas formas lacónicas están acumuladas todas las riquezas.» Desde este tiempo el estudiante de Cervera se puso á recoger sin saber aun el uso que haria, los elementos de que ha compuesto mas tarde su *Filosofía fundamental*.

Este estudio profundo de las doctrinas del gran teólogo, parece haber sido el fundamento y la obra maestra de todos los conocimientos de BALMES: sobre esta columna apoyó el edificio entero de sus trabajos. Habiendo permanecido siete años en la universidad, despues de haber estudiado á Santo Tomás, tuvo tiempo de penetrar en otros varios terrenos de las ciencias. Su método fundamental «leer poco, asimilarse profundamente las cosas aprendidas,» recibió desde este tiempo una aplicacion nueva. En la Biblioteca de Cervera y en la de Vich, pocos volúmenes se escaparon á sus indagaciones. Pedia muchas obras á la vez y recorria cuidadosamente la tabla de materias. Cuando una idea, un hecho, un descubrimiento nuevo fijaban su atencion, leia esta parte del libro y tomaba notas, y dejaba lo demas que era conocido por sus estudios antecedentes: asi se poblaba su memoria con una multitud innumerable de noticias; memoria que cultivaba con tanto esmero, era

sorprendente. El afirmaba ademas, que su padre y su abuelo le llevaban ventaja relativamente en este particular. Hé aqui un rasgo referido por sus biógrafos. A la edad de veinte y dos años sabia de memoria la tabla de las materias de un número extraordinario de volúmenes. «Preguntadme, dijo un dia á su condiscípulo Matías Codony.» Este cogió un volumen de la *Summa* de Santo Tomas: BALMES recitó el índice sin titubear. Hizo otro tanto con el segundo volumen de *D. Quijote*, lo mismo con la *Filosofía de la elocuencia* de Capmany. «JAI-ME, exclamó Codony arrojando el libro; tú eres mágico, ó Dios ha querido hacer de tí un prodigio de memoria.» (1)

V.
En 1833 BALMES tenia veinte tres años; los siete que pasó en la universidad, al paso que desarrollaron las facultades de su entendimiento, dejaron en su pureza primitiva las virtudes de su infancia. La modestia eclesiástica dirigia sus acciones sin desterrar la viveza y la alegría de su edad. Uno de sus condiscípulos, Javier Moner, su compañero de cuarto durante muchos años,

(1) En dialecto catalan: «Jaume, ó tu ecl bruisot, ó Dieu vol presentarle com un prodigi de memoria.